

llegó a tomarle afición, porque hay que ver las veces que se dejaba a los amigos haciendo el zurra o jugando al truque y él se sentaba en el fuego aunque fuera en el mes de Agosto, pendiente de la sartén. Y lo pronto y lo bien que preparaba cualquier animal para guisarlo.

Entonces había muy buenos productos de la tierra y las casas estaban mucho mejor abastecidas, sobre todo para los que como él y otros, veían de pintar el día en la plaza y ayudaban a destapar las banastas.

Uno de los almuerzos más frecuentes en este tiempo, al llegar de la plaza, eran los pimientos fritos con huevos del corral que tienen su punto, como todo y no son fáciles de hacer. Cada vez que los he comido después, me he acordado de él bendiciendo su memoria y me he visto a su lado con el jarro del vino elaborado por él orilla y el pan de pizcón.

Qué rico todo. Desde que él murió no he vuelto a comer cosas sabrosas.

El día de su fallecimiento, el 14 de Mayo de 1944, a los 86 años de edad, dijo Jesús Vaquero en la plaza y después me lo dijo a mí:

—Ya se le han acabado a Rafael los buenos aprovisionamientos de su despensa. Y fue verdad.

Se alternaban mucho por entonces los pimientos con las ensaladas de limón y las de tomate con pepino y cebolla, tan fresquitas, sacados de los mismos sótanos que ahora se llenan de agua de puro listos que somos.

Del mismo sabor fenomenal eran en invierno las sardinas frescas, fritas, acabaditas de llegar en los trenes de la madrugada, también con huevos puestos del día en el corral propio.

¡Qué sardinas!, imposibles de olvidar.

Con razón dicen que todo ha cambiado, pero no se sabe cierto si es que ha cambiado o que hemos volcado.

Pues ¿y aquellos mojetes y tortillas de espárragos que ahora los hacen con sarmientos secos? ¿qué me dices Faco?, Faco Rincón, el genial hombre del paseo que sembraba pimentón en el arroyo de Perra y en las pozatas de los árboles?.

Nunca tomé leche porque las cuatro cabras que había en el pueblo, ordeñadas en las puertas de las casas, se reservaban para los enfermos y daba asco.

En Madrid me acostumbré a tomarla y comprobé que la que allí ordeñaban al amanecer en las puertas, eran las burras cuya leche daban a los tísicos. Iban dos o tres borricas con un campanillo monjil colgando del pescuezo y un chocar acompasado de los cascotes contra los adoquines como aviso de su llegada.